

PRÓLOGO

No debería haber entrado en el bosque.

Estaba perdida, desorientada, y la noche se le había echado encima. Los árboles pretendían aplastarla, la lluvia se le clavaba en la piel a través del camisón y el corazón le aleteaba de forma extraña. Se sentía mareada, tenía escalofríos y el dolor se había apoderado de todo su cuerpo.

Apenas recordaba por qué había huido de Pedramorta. Ella solo anhelaba que la quisieran.

Pensó en su padre y en cómo alababa sus cabellos rubios y sus ojos verdes... «Mi muñeca de porcelana», solía llamarla. Para su madre ni siquiera era un juguete hueco, ella la despreciaba, sin más. Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas febriles.

De repente, las piernas ya no fueron capaces de sostenerla y se desmoronó contra un árbol. Fue consciente de que la vida se le escapaba por la boca. No quería morir, pero estaba tan cansada, llevaba tanto tiempo luchando...

Los párpados le pesaban y sus pensamientos eran como plumas en el viento. Empezaba a sentirse en paz, a asumir su destino.

Oyó unos pasos que se acercaban y supo que la muerte venía al fin a reclamarla.

Una figura se inclinó sobre ella y un destello de sorpresa se prendió en sus pupilas.

I
SOLO UN POCO DE ORBALLO

· Galicia, 11 de octubre de 1882 ·

El coche de posta traqueteaba por la calzada provocándole a Elisa un temblor en la mano enguantada que sostenía una carta amarillenta. A pesar de que se sabía el contenido de memoria, sus ojos verdes devoraban las letras bajo la escasa luz del quinqué que rebotaba colgado de un gancho.

El propósito de su viaje estaba escrito en ese trozo de papel. Debería haberlo tirado en cuanto lo recibió, pero no había sido capaz. Necesitaba releer aquellas palabras para cerciorarse de que no se las había imaginado. Repasó cada frase, guardó el sobre en uno de los bolsillos de su falda de tartán verde y se frotó las manos para calentarlas. Después, rebuscó en su bolsito de cuentas y extrajo la cartera de madreperla para asegurarse de que la moneda que nunca gastaba no había desaparecido entre los pliegues de seda roja. Sintió alivio al acariciar el reborde irregular de plata de la media peseta de la que llevaba tantos años sin separarse. Con el ánimo más tranquilo, devolvió el monedero a su sitio y se recostó contra el respaldo soltando un suspiro.

El viaje desde Madrid había sido largo y fatigoso. Había cogido el ferrocarril hasta Zamora pero, por desgracia, las líneas del norte estaban todavía en construcción y para el resto del viaje no le había quedado otra que el incómodo sistema de posta. Llevaba ya cuatro días de camino y todavía le restaba otra noche en una posada antes de llegar a Pedrafraña. Aquellos caminos galegos empinados, irregulares y retorcidos como culebras dificultaban que avanzaran a ritmo.

La mala fortuna parecía perseguirla desde que abandonó la

casa de su familia en el barrio de Salamanca, muy cerca de la plaza de toros. En primer lugar, una avería en la locomotora retrasó la salida de su tren. Después, tuvo que compartir vagón con un matrimonio harto aburrido: un fabricante de telas y su oronda esposa, que no habían dejado de mirarla de reojo, posiblemente preguntándose cómo una señorita joven viajaba sin padres, marido o, al menos, una dama de compañía.

Y no es que Elisa sintiese inclinación alguna a prescindir de comodidades o que despreciase la etiqueta. Se había criado en el seno de una familia acomodada, y a sus veintitrés años estaba acostumbrada a que la ayudasen hasta en las cosas más nimias. Su padre, don Enrique Arcea, descendiente de un emigrante gallego que hizo fortuna con un negocio de importación de café y tabaco, decidió abandonar su Galicia natal para estudiar en Madrid, y, apoyado por la fortuna familiar, adquirió, nada más finalizar sus estudios de jurisprudencia en la universidad complutense, una de las mejores casas de la calle Serrano. Allí había residido Elisa desde su nacimiento, rodeada de sirvientes y lujos. Su madre, doña Mercedes Galván, oriunda de Madrid, hija única de un banquero, fue criada entre algodones, y se había esforzado por inculcarle a su hija el respeto por las normas y convenciones sociales. Así pues, su solitario viaje nada tenía que ver con la rebeldía y sí con la tercera calamidad que le sucedió antes de emprenderlo. Y es que una vez cerrada la casa de sus finados padres y habiendo encontrado ya colocaciones temporales para todo su personal, Virtudes, la doncella que se suponía iba a acompañarla, le confesó en el mismísimo andén y entre lágrimas histéricas que estaba encinta y que la aterrorizaba que el viaje perjudicase a su bastardo. Elisa le reprochó la poca antelación y la deshonra de sus noticias, y después la despidió de mala gana, tras colocar un par de monedas de cobre en su mano para no parecer mezquina.

Pese a todo, ninguno de aquellos hechos nefastos había amilanado su espíritu. Desde luego no le quedaba más remedio que acudir a Pedramorta; y habría de viajar cómoda o incómoda, con o sin compañía. Si algo podía decirse sobre Elisa con total certeza es que era determinada y terca. Como solía recordarle su institutriz, ella solo dejaba de mantenerse en sus trece para empecinarse en sus catorce.

Se frotó los ojos, cansados de la penumbra, y recorrió con la mirada las esquinas de la calesa. Las paredes tapizadas con un desvaído satén de color crema le recordaban al interior de un ataúd. La madera del suelo estaba gastada y arañada y el asiento lleno de bultos. Nada que ver con el vehículo impoluto y elegante de su padre, que había dejado atrás, en la casa de Madrid.

La lluvia comenzó a repiquetear en las ventanas y el techo del carruaje. Elisa descorrió una de las cortinas y se encontró con un cielo plomizo y nocturno, negro como boca de lobo y desde luego muy poco acogedor. Cerró los ojos con desgana e intentó quedarse dormida. La lluvia se transformó en una nana y el traqueteo del coche en un bamboleo agradable, casi como el de una mecedora. Los ojos se le cerraron sin remedio.

La niña se escapaba de los hombres de blanco por aquel pasillo que no parecía tener fin. Los alaridos de cientos de almas en pena se abalanzaban sobre ella mientras buscaba a su madre en habitaciones que se ondulaban. Corrió y corrió hasta traspasar una puerta negra, y entonces, todo se llenó de agua. Intentaba respirar, pero se ahogaba. Al otro lado del líquido, sobre su cabeza, su madre le tendió una mano. La niña pensó que se había salvado y estiró los brazos esperanzada, pero la mujer esbozó una sonrisa extraña mientras el cuello se le descolgaba en un ángulo imposible y la empujaba todavía más hacia el fondo. No podía respirar. Se estaba muriendo. No podía respirar...

Elisa despertó boqueando al son de los golpes que alguien propinaba a la portezuela. Bajó la ventanilla y se encontró el rostro rubicundo y bigotudo del cochero aporreando la pared del carruaje con unos antebrazos grandes como jamones de cebo.

—¡Señorita! —decía torpemente con aquel canturreo innato que caracterizaba a las gentes de Galicia—. ¡Llegamos a San Carlos da Curuxa! Tendrá que hacer noche aquí. La posada de doña Pura es de las más finas. Tiene las letrinas dentro.

—Ahórreme esos detalles. Dígame dónde es y dónde me recogerá mañana.

—Es aquí mismo, señorita. Ahora bajo su equipaje. La esperaré mañana a las ocho en la puerta.

—Que sea a las siete.

—Pero señorita...

—He dado aviso de que llegaría a Pedramorta antes del mediodía y así será.

—Pero uno no puede prever el mal tiempo y es normal sufrir retrasos en esta época del año...

—Baje el equipaje y luego venga a buscarme con un paraguas —zanjó ella—. Llueve a cántaros.

—No tengo paraguas, señorita. Pero esto no es nada, solo un poco de *orballo*. Si se apresura usted hacia la puerta...

—No sé qué es eso, pero si se piensa que voy a correr por estas calles enlodadas va usted listo.

—Entonces se mojará.

El hombre se encogió de hombros y desapareció. Elisa lo oyó trajinar en la parte de atrás. Irritada, deslizó un botín fuera de la calesa y se ciñó la capucha de su capa de paño inglés. Se hundió varios centímetros en el suelo al aterrizar sobre una espesa veta de barro y se prometió que no le daría ni medio céntimo de propina a aquel hombre rudo que iba por el mundo sin paraguas. Que corriese, decía... ¡Si apenas podía dar un paso sin resbalarse!

Sintiéndose ridícula y humillada a partes iguales, Elisa avanzó, vacilante, hacia el único edificio que había a la vista mientras aquella lluvia fina se arrojaba contra ella. Se trataba de una casa construida a base de sillares de granito y con un gran portón incrustado entre dinteles torcidos. A medida que patinaba por el patio limoso, las fosas nasales se le impregnaban de la mezclanza del olor acre a establo con el delicioso aroma de algún guiso de verduras y carne. Arrugó la nariz con desconfianza. En ese mismo instante, el cochero emergió del aguacero, casi arrojándola con el baúl.

—¡Por el amor de Dios! ¡Tenga cuidado!

—¡Ah, señorita! Disculpe, esto pesa lo suyo. ¿Ve? Casi ni se ha mojado Huele bien, ¿a que sí? —prosiguió el hombretón con aquel impertérrito optimismo que sacaba a Elisa de sus casillas—. Seguro que doña Pura tiene una *pota* de caldo en el fuego. Pídale una ración. En Madrid no existe un reconstituyente como el caldo gallego.

—Está claro que esto no es Madrid —murmuró ella echándole una mirada reprobatoria a los aledaños de la posada.

—¡Ni falta que hace! *Eiqué estamos moi ben* —rio el—. Voy a dejarle el trasto en la habitación.

Elisa estuvo a punto de replicar con indignación ante aquella ofensiva descripción de sus pertenencias, pero decidió ignorar el comentario resignada a los modales de su cochero. Él lanzó una mirada significativa hacia la puerta y otra a sus manos ocupadas con el baúl. Elisa suspiró, asió la manilla y empujó con fuerza aquellos tablones roñosos. El cochero la adelantó y se esfumó en el interior.

La recibió un fuerte efluvio a puchero. Un poco a su pesar, reconoció que olía muy bien. Las tripas le crujieron de hambre. Aun así, no se decidía a entrar y se demoró en el umbral, sintiendo que si ponía un pie dentro abandonaría definitivamente

te el mundo civilizado que había dejado atrás. Una ráfaga de viento vertió agua contra ella. A su sombrero le quedaba poco para arruinarse por completo y eso bastó para convencerla de avanzar por el suelo de piedra apisonada. Se encontró en una estancia rectangular y bastante amplia, de techos altos de los que pendían chorizos, lacones, caretas de cerdo, manojos de hierbas, extraños aparejos de mimbre y también un buen puñado de telarañas. La luz crepitante de una chimenea y de varias lámparas de aceite brincaba proyectando sombras grotescas en las paredes de piedra. El mobiliario era mísero: unos cuantos barriles, seis mesas de madera gastada con bancos a juego y una barra que no era más que un gran tablón sobre varios toneles. El cochero estaba en un extremo, ante un vaso de vino.

Ocupada en analizar aquel nuevo entorno, Elisa apenas reparó en los paisanos, que la miraban como si fuese un ave exótica, ni en la posadera que intentaba llamar su atención.

—¡Señorita! ¡Señorita! —le gritó.

Elisa dio un salto y aferró con fuerza su monedero antes de girarse en redondo y toparse con una mujer delgada y vestida de negro, incluido el pañuelo que le cubría la cabeza. Tenía el pelo castaño y canoso recogido en una trenza, y de sus facciones alargadas y arrugadas sobresalían unos ojillos azules.

—¿Es usted la señorita de Madrid que trajo Manuel? —preguntó en voz alta y con el mismo acento cantarín que el cochero.

—Sí, soy yo —respondió un poco incómoda. ¿Qué le importa-
ba su vida a la concurrencia?—. Doña Elisa Victoria Arcea Gal-
ván —se presentó en voz baja.

—Purificación Treviño López —respondió la posadera, vi-
siblemente extrañada ante semejante formalidad—. Viuda de
Antonio el *Furabolos*.

—El bueno del *Furabolos* —masculló Manuel apurando su
bebida.

Elisa se abstuvo de decir que no tenía ni idea de qué significaba aquel mote. Suspiró sin disimulo y miró en derredor.

—¿Puede subirme la cena a mi habitación? —preguntó, mirando con desconfianza a los cuatro parroquianos que le lanzaban miradas entre lascivas y curiosas.

—No se come en las habitaciones. Luego van los bichos. Se la pondré aquí abajo en el comedor.

—¿Están limpias las mesas?

La viuda contrajo el ceño.

—Más limpias que en cualquier tugurio de la capital.

Se oyeron risas complacidas mientras Elisa se sentaba. Las miradas la aguijoneaban con una insistencia feroz que rayaba en el descaro.

Manuel se separó de la barra y se aproximó a ella.

—Bueno, yo me voy ya, señorita.

—¿No se queda usted en la posada?

Por rudo que fuese el hombre, era la única persona a la que conocía en aquellas tierras extrañas en las que todo escapaba a su control.

—No, señorita, mire usted, la prima de mi mujer vive cerca y me hace las veces de posada cuando hago este recorrido. Yo soy natural de Abuceiro, que está un poco más lejos que Pedrafría. Bueno, en realidad, Abuceiro está entre Pedrafría y Vilamar, que están bastante cerca de Veladouro...

—¿Me recogerá usted a las siete, entonces? —Elisa cortó una vez más la verborrea de su interlocutor.

—Sí, señorita. Aquí estaré si es menester. Tenga usted buena noche. Y tómese una *cunca* de caldo, que está usted muy paliducha.

Sin darle tiempo a replicar, se dio media vuelta y salió de la posada. Elisa hirvió de indignación hasta que las tripas volvieron a protestar. Acercó la nariz a la mesa y comprobó que estaba

limpia y bien raspada. En el centro ardía una palmatoria con velas de cera de abeja y a su lado reposaba un periódico. Elisa tiró de él con el guante aún puesto y leyó la portada. Bajo el nombre del periódico, *La voz de Galicia*, aparecían varias noticias sobre los imperios alemán y austrohúngaro, que muy poco o nada le interesaban. En una esquina había un anuncio de cigarrillos balsámicos que prometían curar el asma y la tuberculosis. Debajo, titulares locales insignificantes. Nada relevante sobre Madrid o sobre la sociedad que había dejado atrás.

—Es un nuevo periódico. Lo estrenaron este año, *disque* —la posadera le brindó una información que no le había solicitado. Debía de ser una costumbre local—. Lo deja aquí uno de mis clientes después del almuerzo. Si le interesa puede llevárselo arriba.

—No, gracias. Los asuntos de Galicia, para los gallegos. ¿Qué hay para cenar?

—Carne fría de cocido, pan, queso, chorizo, caldo, vino tinto o blanco —recitó la mujer.

—Probaré el caldo.

—Ahora *mismiño* se lo traigo.

La viuda se alejó con pasos enérgicos y regresó enseguida con una bandeja cargada con un cuenco humeante, un vaso chato de vino tinto, un trozo de pan oscuro de centeno y un pedazo de queso de apariencia endeble. La depositó ante Elisa y esperó con impaciencia mientras su huésped estudiaba los víveres.

—Esto es el caldo —explicó, como si Elisa no supiera distinguir una sopa de un mendrugo—. Este queso es *tetilla*. *Boísima*. Me la traen de Arzúa. Pruébela. En Madrid no hay cosa igual.

Aunque Elisa detestaba que le diesen órdenes, la realidad era que tenía un hambre considerable. Se llevó un trozo de queso a la boca. Se deshacía en su lengua y tenía un sabor suave y mantecoso. Intentó disimular lo mucho que le había gustado.

—No está mal. Guárdeme un trozo para el desayuno.

—Le ha gustado, ¿eh?

Purificación Treviño se replegó a su mostrador antes de que pudiese replicar, dejándola con la palabra —y el queso— en la boca. Elisa resopló y probó el caldo. Resultó que la comida estaba deliciosa, desde el vino afrutado hasta el pan de bolla, y tuvo que recordar sus modales para no pedirle otro tanto de todo como si fuese un jornalero hambriento. Una vez hubo terminado se puso los guantes y se levantó mirando desdeñosamente a los pueblerinos que volvían a admirar su figura con insolencia.

—¿Será tan amable de acompañarme a mi habitación? —le preguntó a la dueña alzando el mentón afilado con altivez, para ocultar la incomodidad que le producía ser motivo de habladerías.

—Sígame por las escaleras.

Su anfitriona cogió un quinqué de aceite de ballena y la precedió por una escalinata estrecha de madera crujiente y un poco carcomida. Al llegar a la segunda planta, se detuvo en un rellano angosto en el que había dos puertas.

—Su habitación es la de la izquierda. Las letrinas, la de la derecha. La he puesto aquí para que no tenga que caminar mucho si quiere usted hacer sus necesidades. La gente fina de la capital no está acostumbrada a andar.

Elisa estuvo a punto de decirle que prefería caminar unos pasos a soportar el olor de las letrinas.

—Gracias, pero no tenía por qué. Si hay orinal lo prefiero a las letrinas.

—Tiene un orinal debajo de la cama y también una estufa de leña —dijo doña Pura sacando una llave del delantal y haciéndola girar en la cerradura—. Es la mejor habitación, como ya le dije. Si necesita algo, suba a la tercera planta o grite. Yo duermo justo encima de usted. No olvide echar el cerrojo. Ni aquí ni en el pazo de Pedramorta.

Elisa se puso en guardia.

—¿Cómo es que sabe usted a dónde voy?

—Me lo dijo Manuel.

—¡Santo Dios! ¿Es que en este lugar nadie respeta la intimidad de los demás?

—Créame, señorita, que Manuel no le pretendía ningún mal a usted. Es hombre bueno y temeroso de Dios. Solo estaba preocupado porque una muchacha tan joven y sola pretendiese instalarse en el pazo.

—No estaré sola —replicó Elisa, malhumorada—. El personal de mi tío sigue allí. Y tampoco voy a instalarme. Me quedaré lo justo para arreglar los papeles de la herencia y cuando la propiedad esté a mi nombre, lo convertiré en una casa de huéspedes y me marcharé a Madrid. Eso es todo, ya que tanto les interesan mis asuntos.

—Igualmente, tenga cuidado. Se cuentan muchas historias sobre el bosque de la *moura*, que está al lado de Pedramorta.

—¿El bosque de qué?

—De la *moura*. Las *mouras* son seres encantados que habitan en los ríos, los bosques, las fuentes y las ruinas. Guardan tesoros, encandilan mozos y comen niños. Existe una leyenda en la comarca que dice que una de ellas vivió en el bosque que hay cerca de su pazo. Por eso todo el mundo lo llama así.

—Paparruchas. Cuentos de viejas. A mí no van a asustarme con supercherías. Tenga buena noche, doña Purificación.

Cerró la puerta y recorrió la estancia en penumbra con ojos escrutadores. Había una cama de latón, modesta pero bien arreglada, cubierta por una gruesa colcha de lana a retales de colores, una pequeña cómoda de roble, una estufa de hierro sobre la que reposaba una tetera de cobre y un lavabo con su aguamanil. El cuarto tenía un leve tufo a humedad sepultado bajo el olor del amoníaco de limpieza. Su baúl estaba a los pies del lecho

y a punto estuvo de tropezar con él. Aproximó el quinqué a la mesita de noche y frunció el ceño. Sobre un tapete de ganchillo reposaban una cruz elaborada con un atado de hierba seca, un rosario de madera y un manojo de romero. Elisa, que solo conocía aquella hierba de los asados que preparaba su cocinera de Madrid, chasqueó la lengua con desdén y guardó todo en el primer cajón de la cómoda. Se lavó las manos y la cara en el aguamanil y rehusó desvestirse, pues no tendría quien la ayudase a componerse al día siguiente. Maldijo una vez más la insensatez de su doncella.

Antes de acostarse, se cercioró de que la moneda que nunca gastaba y la carta que leía demasiado seguían en su sitio. Volvió a cobijarlas en su monedero y se durmió apretándolo contra el pecho. El tacto frío y familiar del nácar la tranquilizaba, aunque no la protegía de sus habituales pesadillas.